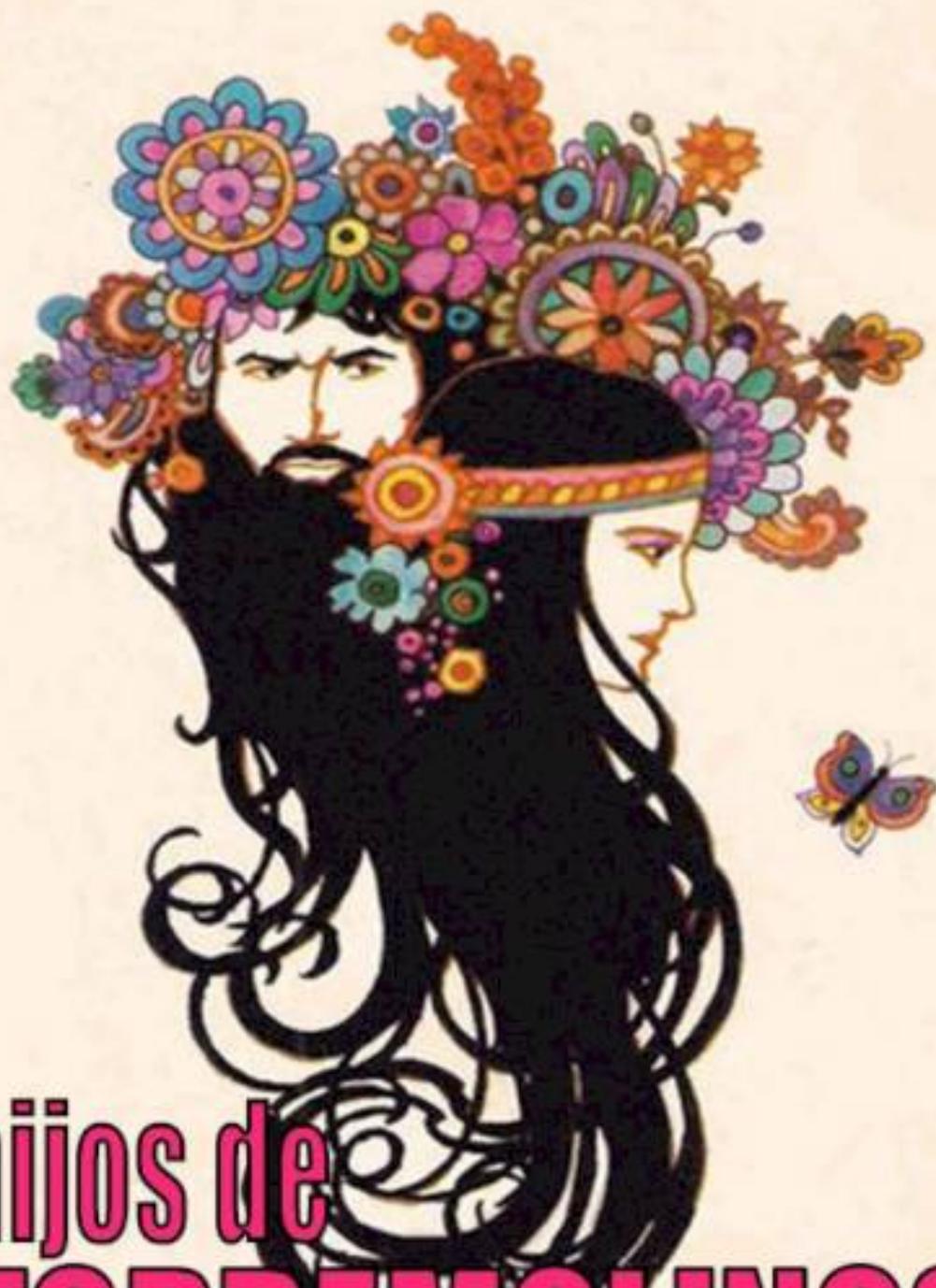


JAMES A. MICHENER



hijos de  
**TORREMOLINOS**

El azar reúne a seis jóvenes en el Torremolinos de finales de la década de los 60. Vienen de un mundos distintos, de diferentes países. Huyen de la guerra de Vietnam, de la oscuridad, del racismo o de la hipocresía. Buscan afirmar su identidad en libertad. Desde Torremolinos inician un extraordinario viaje a través de España, Portugal, Mozambique y Marruecos. Rechazan las normas de vida y los valores del pasado y se ven empujados al excéntrico mundo de los expatriados y vagabundos, de la droga y de la música rock.

De Torremolinos se desplazan al Algarve portugués y de ahí a Pamplona para asistir a los Sanfermines. Allí se incorpora también al grupo Harvey Holt, rudo ex marine de cuarenta y cuatro años corredor del encierro. Mr. Fairbanks, un asesor internacional de más de 60 años, que por circunstancias de su profesión ha llegado a conocer a alguno de los jóvenes, actúa de narrador. Así, los ocho protagonistas pertenecen a tres generaciones distintas, y un elemento de gran importancia en la historia es la dificultad que encuentran para comunicarse a través del abismo del tiempo.

*Esto es una novela. Los personajes son fruto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con personas vivas o muertas es accidental. Tres de los escenarios geográficos también han sido inventados: la República de Vwarda, el paso de Karash y, para permitir una concentración de problemas ecológicos, el coto natural de Zambela. Las demás localidades son auténticas, aunque no así los bares y locales descritos.*

I  
JOE

La juventud es la verdad

No hay hombre que sea tan estúpido como para preferir la guerra a la paz ya que, en la paz, los hijos entierran a sus padres, mientras que, en la guerra, los padres entierran a sus hijos.

HERODOTO.

El mejor golpe ideado por la Universidad en los últimos años fue la contratación del doctor Richard Conover, Premio Nobel de Biología. Añadió gran lustre a la Facultad, pero el grueso de su trabajo continuó centrado en Washington, donde estaba efectuando experimentos sobre gases neurales para el Departamento de Defensa. Esto significó que, en realidad, no le fue posible dar clase en la Universidad; sus cursos fueron dictados por una serie de dinámicos jóvenes que, por término medio, eran dos años y medio mayores que los estudiantes universitarios, un 4% más inteligentes y un 6% mejor centrados. Como es natural, a veces los estudiantes podían ver de pasada al doctor Conover camino del aeropuerto los domingos por la tarde, y esto les reconfortaba.

La guerra es un buen negocio: invertid en él a vuestros hijos.

La Universidad había perdido el rumbo y todos se daban cuenta menos el Consejo de Rectores, el claustro, los catedráticos y el 90% de los estudiantes.

Soy un estudiante serio: ruego que no se me doble, arrugue ni golpee.

Recorrió todas las tiendas buscando un regalo de Navidad para L.B.J. Su idea era un juego de dominó.

Cuerno, quisiera que atendiesen a mi principal argumento. Dentro de treinta años el Gobierno, los Bancos, las grandes empresas, las Universidades y todo lo que cuenta en este mundo estará dirigido por los que actualmente estudian Humanidades. Los científicos nunca dirigirán más que laboratorios, ni lo han hecho ni lo harán. Sin embargo, en esta Universidad invertimos todo el tiempo y el dinero en formar científicos y hacemos caso omiso de los de Humanidades, de quienes han dependido y dependerán siempre el rumbo y el bienestar del mundo. A eso lo llamo estupidez, y si el Consejo de Rectores y el claustro no tienen la inteligencia suficiente para corregirlo, debemos hacerlo nosotros.

Cuando te sacudan con sus cachiporras, contraataca fulminándoles con superamor.

El estado natural de los hombres es la guerra, no la paz.  
KANT.

El exilio político ha sido el último refugio de muchas nobles mentes. En el exilio, Dante Alighieri escribió sus mejores poemas y Vladímir Ilich Uliánov forjó las ideas que paralizarían el mundo. Exiliado del militarismo alemán, Carl Schurz hizo sus magníficas contribuciones a la vida norteamericana, y exiliado de la reacción española, el duque de Rivas escribió sus notables libros. Una riada de exiliados de Escocia cimentó la excelencia intelectual del Canadá, y valerosos aventureros expulsados de sus islas nativas, poblaron el Pacífico. Los genios que concibieron la bomba atómica para los Estados Unidos eran principalmente judíos exiliados de la Alemania nazi. Durante tres siglos, los Estados Unidos se aprovecharon de los exiliados políticos que acudían a nuestro refugio. Ha correspondido a los políticos de esta generación la tarea de provocar una riada a la inversa.

Más vale la seguridad de la paz que la esperanza de la victoria.  
TITO LIVIO.

Nunca ligués con una chica antes de la una de la tarde. Si es tan bonita, ¿qué hace levantada antes del mediodía?

Si un muchacho, por tímido que sea, no consigue nada con las chicas de Torremolinos, más vale que dimita de la raza humana.

Zeus ligó con Ganimedes en el «Wilted Swan».

El día en que cumplió veinte años, Joe se enfrentó a un problema tan complejo que necesitó buscar ayuda, y así fue como conoció a Mrs. Rubin.

Su confusión se inició dos años atrás cuando, contra su voluntad, fue a registrarse para el servicio militar. Con las torpes palabras que caracterizaban sus intentos de comunicación, dijo a sus condiscípulos de la escuela secundaria:

—¿Qué os parece? No puedo pedir una cerveza, pero sí ir a la guerra.

Siempre fue alto para su edad, más membrudo que compacto, y, como sus compañeros, comenzó a dejarse el cabello bastante largo por los lados y notablemente largo en la nuca. En atletismo, no destacó lo suficiente para llamar la atención de ninguna Universidad, ni sus méritos intelectuales bastaron para conseguirle una beca académica. Cuando acabó sus estudios secundarios, casi el único documento que podía enseñar era una cartulina blanca que daba fe del hecho que se había registrado para el servicio militar y, automáticamente, le habían clasificado como 1-A;<sup>[1]</sup> su clasificación real llegaría más tarde, después del reconocimiento físico. Al inscribirse en la Universidad le pidieron que enseñase su tarjeta de reclutamiento, y el profesor encargado pareció muy satisfecho de que Joe tuviese una.

El día en que cumplió diecinueve años recibió una carta oficial que le dio un susto de todos los diablos. Era de su Caja de reclutas, y la encontró al volver de clase de Química. Durante diez agónicos minutos, no fue capaz de abrirla.

—No me da miedo la guerra —aseguró a su compañero de cuarto, un pálido muchacho de Nevada, estudiante de Filosofía—, ni tampoco soy objetor de conciencia, pero Vietnam me da repeluznos. Cristo, no me apetece andar a gatas por los arrozales.

Cuando al fin abrió la carta, no encontró más que una notificación mimeografiada:

«Teniendo en cuenta que se halla usted matriculado en la Universidad, se le clasifica 2-S<sup>[2]</sup> categoría que conservará hasta que se gradúe. Sin embargo, debe usted informar a esta Caja de todo cambio en su *status* académico.»

Le adjuntaban una nueva tarjeta, que tenía que enseñar a las autoridades universitarias y a los camareros.

Aunque durante el primer año logró que sus notas fueran buenas, el segundo estaba resultando difícil. La Universidad que había escogido no era un almacén de talentos como Berkeley ni una elegante institución como Stanford; era uno de los muchos sólidos centros académicos existentes en California y que justificaban la superioridad de aquel Estado en tantos terrenos. Mientras que un Estado como Pensilvania sólo daba educación universitaria al 31% de sus graduados de escuelas secundarias, California educaba al 73%, y la diferencia era perceptible. Joe se mantuvo en la corriente de la competición, obteniendo notas que le mantenían dentro de la Universidad y fuera del Ejército.

Fue esto último lo que provocó su crisis moral. En un breve período de tiempo se le acumularon cuatro desagradables incidentes. Le obsesionaron, sin que le fuera posible desentenderse de ellos; en sí cada uno era una minucia, algo que, diez años atrás, cualquier joven habría olvidado fácilmente. Ahora, en el otoño de 1968, constituían una terrible pesadilla.

El primer incidente fue accidental. Su compañero de cuarto, que había sacado sobresalientes en casi todas las asignaturas de su educación secundaria, recibió la visita de un muchacho mayor llamado Karl, que se había graduado

el año anterior. Era un joven alto y lleno de aplomo, que nada más entrar se dejó caer en una cama con una lata de cerveza en la mano.

—Os digan lo que os digan —pontificó—, tomad tres cursos de pedagogía. Los «listos» se rieron cuando dejé el preparatorio de Leyes y empecé Educación elemental... Cambio de Pañales III, le llaman. Bueno, ahora ellos están en el Vietnam, y yo muy cómodo en una Escuela elemental de Anaheim. Mientras dure, estoy a salvo del reclutamiento. —Se retrepó contra las almohadas, dio un trago a su cerveza y repitió la admonición—: Matriculaos en Pedagogía.

—¿Te gusta la enseñanza? —preguntó Joe.

—¿Y eso qué demonios importa? Te presentas todas las mañanas. Los críos están armando escándalo. Les impides que hagan migas la escuela. Luego, por la tarde, a casita.

—¿Qué les enseñas?

—Nada.

—¿Y no te echarán?

—Soy alto. Los críos me tienen miedo, así que mantengo una medida razonable de orden. El director está tan satisfecho por tener un aula tranquila que le importa un bledo que enseñe algo a los críos o no.

—No parece muy agradable —comentó Joe.

—Estoy fuera del servicio —dijo el maestro.

Más tarde, el compañero de Joe arrastró a éste a una visita a la escuela elemental para preguntarle al director si podría emplearles cuando se graduaran, y vieron a los niños, muchos de ellos negros, corriendo de arriba abajo por los pasillos. El director era un hombre amable, de unos cuarenta años, con incipiente calvicie.

—Vuestro amigo es uno de nuestros mejores maestros —dijo, entusiasmado—. Si obtenéis el título, nos encantará teneros en la escuela.

La segunda experiencia fue desagradable. Una noche, la puerta del cuarto se abrió de golpe y Eddie, un corpu-

lento jugador de rugby cuya calidad le permitía conservar la beca, pero no acceder al primer equipo, irrumpió en el cuarto para anunciarles triunfalmente:

—¡Cristo, al fin la he dejado embarazada! ¡La semana que viene nos casamos!

—¿Maud?

—Ajá. La ha visto el médico y es seguro. Al día siguiente, me voy a la Caja de reclutas y engancho una maravillosa clasificación de 3-A...<sup>[3]</sup> y me quedo en casa.

Otros estudiantes entraron a felicitarle y él, eufórico, explicó:

—Maud y yo estudiamos el sistema del ritmo hasta que pescamos los momentos clave. Durante las fechas en que podía quedar preñada, nos acostábamos tres o cuatro veces al día. ¿Os acordáis de lo bajo que estuve en el partido con Oregón? Cuerno, estaba tan molido que apenas me tenía en pie. Aquella mañana habían sido dos veces. El entrenador me puso de vuelta y media, pero creo que ésa fue la mañana en que marqué. El caso es que ella está embarazada y yo fuera del Ejército.

Uno de los estudiantes preguntó:

—¿Crees que conservarás la clasificación de 3-A?

—Ésa es la fija. Todos debierais casaros. Hay chicas a montones dispuestas a acostarse con vosotros. Tiráoslas a mataballo. Dejadlas preñadas. Que el Gobierno se vaya al demonio.

—¿Merece la pena? —preguntó alguien.

—¿Qué cuernos importa eso? Cuando toda esta chifladura pase, os divorciáis y cada cual a lo suyo.

—¿Tú te divorciarás? —preguntó Joe.

El jugador de rugby miró a Joe, fue a contestar con una broma, recapacitó y dijo:

—Si embarazas a una chica de la que estés enamorado, todo eso sales ganando.

—¿No es ése tu caso? —preguntó Joe.

—No, no lo es —replicó el hombretón.

La tercera experiencia hizo que fuese inevitable una confrontación moral. En el piso de arriba había un pobre diablo llamado Max que se pasaba los fines de semana estudiando y que ni por asomo podía entender el cálculo ni los textos de Adam Smith. Era un muchacho de Los Ángeles, grueso y de mala complexión. Quería ser médico, como su madre decía, pero los profesores se dieron cuenta en seguida de que eso era imposible, así que Max se cambió a Comercio, pero tampoco aquello era posible.

—¡Tienes que seguir en la Universidad! —clamaron sus padres—. ¿Quieres ponemos en evidencia? ¿Fracasar en los estudios y que te metan en el Ejército?

Su madre dispuso que se pasara a Pedagogía.

—A ver si puedes conseguir un empleo de maestro en Los Ángeles, como Harry Phillips. Así estarás seguro.

Max cambió a Pedagogía, pero ni siquiera tenía inteligencia suficiente para aprobar aquellos cursos, y ahora parecía seguro que tendría que dejar la Universidad, perdiendo su prórroga de estudios y volviendo a la clasificación de 1-A.

En aquella crisis, Max merodeó por los dormitorios, buscando a alguien dispuesto a sustituirle en un examen crucial.

—Las preguntas son fáciles —explicaba—, pero es que, simplemente, no logro que se me aclaren las ideas.

Al no encontrar a nadie en el segundo piso dispuesto a correr el riesgo, acudió a Joe y le dijo:

—Aunque no hayas elegido este curso, Joe, podrás contestar a las preguntas. Estoy seguro.

La actuación fue lamentable y, cuando se corrigieron los exámenes, Max recibió la mala noticia. Se había quedado fuera. Le retiraban la prórroga. Debía ingresar en el Ejército.

Sus cariacontecidos padres fueron a recogerle y, en la intimidad de su cuarto, le pusieron de vuelta y media, por lo que el muchacho salió del dormitorio tembloroso y con

los ojos enrojecidos. Se apartó de sus padres para despedirse de Joe.

—Has sido un buen amigo —dijo. Luego, temblando, fue hacia el coche.

Los compañeros hablaron mucho acerca de Max, estando todos de acuerdo en que si había alguien que no debiese ir a la guerra, ése era Max. Uno dijo:

—¿Os gustaría tenerle de compañero en una patrulla a través de un arrozal?

Y otro:

—Es un crimen escoger a los soldados porque hayan sido torpes en los estudios.

Sin embargo, el filosófico compañero de Joe puntualizó:

—El crimen empezó cuando nuestro país permitió que la Universidad constituyera una exención de un servicio que para otros era obligatorio.

Cuando los demás se marcharon, Joe y su compañero continuaron la discusión hasta bien pasada la medianoche, y, por vez primera, Joe escuchó a un hombre culto exponer la teoría de que el sistema era inmoral de arriba abajo. Su compañero argumentó:

—Como el otro día dijiste, es una inmoralidad que Karl arruine la vida de sus discípulos para librarse del Ejército. Pero se trata de una inmoralidad producida por otra mayor: la de que los Estados Unidos estén librando una guerra no declarada que jamás ha tenido la sanción del Congreso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Joe.

—Tomemos al bocazas jugador de rugby que vino alardeando de que había dejado embarazada a una chica a la que no quería a fin de eludir el reclutamiento. Eso es evidentemente inmoral, pero no pudo producirse si nuestra democracia no hubiera sido previamente degradada. Las autoridades elegidas para representarnos permiten que se las ignore y luego aplauden cuando nuestro Presidente actúa de manera ilegal.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé. Lo que sé es que un hombre no puede colaborar indefinidamente con un sistema inmoral sin acabar contaminado. Y no quiero contaminarme.

Hablaba sosegadamente, pero con tan profunda convicción que Joe tuvo que determinar por sí mismo hasta qué punto permitiría la autocontaminación de eludir el reclutamiento escondiéndose en la Universidad.

Fue la cuarta experiencia la que cristalizó su actitud, una cosa que, en sí, fue tan trivial que un hombre normal en circunstancias normales ni siquiera la hubiese recordado. Joe había acudido a un bar de los barrios bajos para escuchar a un grupo musical, y cuando regresaba a su alojamiento pasó frente a un grupo de negros que haraganeaban en una esquina. Uno de ellos, que llevaba uniforme militar, dijo:

—Chao, Whitey,<sup>[4]</sup> nos veremos en Vietnam.

Otro de ellos le corrigió:

—A ése, no. Es universitario.

Joe se echó a reír, apuntó el índice y pulgar derechos como una pistola y disparó contra el soldado, chasqueando al tiempo la lengua. El soldado retrocedió dos pasos, se llevó las manos al corazón y dijo:

—Maldición, me ha dado de lleno.

Eso fue todo. Joe siguió su camino, pero el insignificante suceso continuó resonando en su recuerdo, día tras día: el horrible hecho de que en aquella guerra los negros que no podían permitirse asistir a la Universidad eran reclutados, y los blancos que tenían dinero, no. Era indecente, inmoral, indignante, y cuanto decían los prohombres de la sociedad, personas como el general Hershey y J. Edgar Hoover, no hacía más que aumentar la injusticia básica. A los negros se les reclutaba; a los blancos, no; los pobres eran convertidos en carne de cañón, los ricos, no; los estúpidos iban al frente, los chicos listos, no. Y todo ello se hacía partiendo de una premisa inmoral para proseguir una guerra inmoralmente fundada.

En un estado de perplejidad debido a todas aquellas confusiones, Joe comenzó el último mes del año, sin advertir que su compañero de cuarto, gracias a sus conocimientos filosóficos, había llegado a ciertas conclusiones de gran importancia que Joe tardaría aún varias semanas en alcanzar. Poco antes de Navidad, un grupo de estudiantes contrarios a la guerra anunció una manifestación pro paz. Se programó para las dos de la tarde en el paraninfo, y a la una el *campus* estaba lleno de espectadores procedentes de la ciudad. Acudieron guardias especiales de la Universidad, con instrucciones de evitar la violencia física. Éstos contaban con el apoyo de la Policía municipal, decidida también a evitar incidentes. Cuando los agentes vieron aproximarse una manifestación portadora de pancartas como *América: la amas o la dejas, EE.UU., hasta el fin*, y *Pleno apoyo a nuestros valerosos muchachos en Vietnam*, no perdieron tiempo en evitar que los manifestantes tuvieran acceso al *campus*.

Por medio de un altavoz, uno de los policías dijo a los contramanifestantes:

—Los *peaceniks*<sup>[5]</sup> tienen el derecho constitucional de expresarse. No pueden entrar con esos carteles en el *campus*.

Se confiscaron las pancartas, pero a sus portadores se les permitió disolverse entre el público del paraninfo.

Cuando el compañero de Joe miró desde la ventana de su dormitorio y vio a los intrusos y a los dos grupos de policías, dijo:

—Las cosas pueden ponerse feas. Quiero que sepas que lo que voy a hacer esta tarde no va a ser impulsivo. Lo he estado pensando desde el día en que vi a Karl dando clase en su escuela.

Él y Joe bajaron al paraninfo, y allí se separaron, ya que Joe siempre se retraía de las manifestaciones públicas. En su primer año, se abstuvo de asistir a los partidos de rugby,